



## Introducción a "El Conde Lucanor" Juan Vicedo

---

### Índice

•

#### [Introducción a «El Conde Lucanor»](#)

- [Preámbulo](#)
- [Contexto histórico](#)
- [Biografía](#)
- [Su personalidad literaria](#)
- [Don Juan Manuel y los dominicos](#)
- [La didáctica medieval](#)
- [La producción literaria de don Juan Manuel](#)
- [El Conde Lucanor](#)
- [Estructura y marco de El Conde Lucanor](#)
- [Los temas del libro](#)
- [La intención didáctica](#)
- [Fuentes, autobiografismo y originalidad](#)
- [Lenguaje y estilo](#)
- [Los versos finales](#)
- [Nuestra edición](#)
- [Bibliografía esencial](#)

Juan Vicedo

-8-

△▽

## **Preámbulo**

Que alguien en los umbrales del siglo XXI se preocupe por la obra y el pensamiento de un escritor castellano del siglo XIV resulta, cuando menos, una tarea un poco chocante.

Si nos acercamos a la época y a la obra de don Juan Manuel (1282-1348) no lo hacemos por motivos de pura historiografía, ni porque creamos en la validez de sus recetas morales -tan poco éticas a veces-, sino por el encanto que lo primitivo puede tener para el lector de hoy. Acostumbrados como estamos a la informática, a la medicina nuclear, a la exploración espacial, a las terribles y tristes guerras de este siglo, al desarrollo de nuevas tecnologías, al trasplante de órganos (recordemos el divertido «ejemplo» del hombre que se hacía limpiar su hígado y que don Manuel cuenta en su libro), este volumen de *El Conde Lucanor* nos acercará a un mundo antiguo y sugestivo, caballeresco a veces, rural otras, que formará un primoroso fresco de tiempos que no conocimos.

Ante los ojos del curioso lector irá desfilando toda una serie de tipos encantadores, rápidamente delineados. Escucharemos a un hombre bueno disputar con su hijo, un tanto archisabidillo, a lomos de una pobre cabalgadura, o los lamentos de un hombre rico, venido a menos, que tenía que contentarse con una comida tan áspera como los altramuces. Podremos ver el sonrojo y la burla de que fue objeto un rey, cuando unos pícaros le hicieron pasearse desnudo ante sus vasallos; la prudencia evangélica que demostró un

mayordomo al final de su mandato, sabiendo prepararse un retiro muy decente en una isla desierta, así como la paciencia de que hizo gala el rey Abenamet de Sevilla con la caprichosa de Romaiquía, su mujer. Asistiremos también al diálogo divertidísimo de un hombre bueno con el padre de una joven muy rebelde, cuya salida del domicilio paterno desea con toda su alma. Igualmente nos dará el autor auténticos cuadros de costumbres: el mundo de las cruzadas, la dura penitencia de un conde en Tierra Santa, la lucha contra los árabes, el miedo y temor medievales por la salvación del alma, etc. Y por último presenciaremos los animados diálogos entre animales: el león enfermo, la golondrina y las aves, los cuervos y los búhos, la zorra y el cuervo, por citar sólo algunos casos.

Todo este mundo y todos estos personajes nos los dará don Juan Manuel a través de un lenguaje, donde cada uno habla con voz propia y estilo diferenciado, acercándonos así al universo de realidad-ficción, visto y creado por él con pequeños gestos concretos siempre individualizadores.

Y una advertencia un tanto innecesaria: sólo despojados de -9- nuestros saberes de hoy y de nuestras actuales inquietudes nos adentraremos en este nuevo mundo que ahora el lector tiene en sus manos.

△▽

## **Contexto histórico**

*Era este tiempo los señores asolaban Castilla.*

*Los mezquinos labradores sufrían gran mancilla.*

Poema de Alfonso Onceno

El siglo que le tocó vivir a don Juan Manuel fue una época caracterizada por la inestabilidad política, por la crisis espiritual y económica y por la regresión demográfica.

La inestabilidad política fue muy marcada en el reino de Castilla durante las minorías de edad de Fernando IV y Alfonso XI, con una nobleza ansiosa de poder que intentaba dominar a la reina regente, doña María de Molina, apoyada sólo por los concejos de las ciudades, que veían en ella y en la institución monárquica un factor de equilibrio frente a los nobles. A pesar de lo que podemos leer en su obra literaria, el llamado impropriamente «infante» don Juan Manuel no fue ajeno a las apetencias de su clase, participando él también en esas luchas nobiliarias. Con la mayoría de edad de Alfonso XI (1325), cesan las luchas pero las ciudades se ven postergadas en aras de una mayor centralización.

La crisis económica se debió a la carestía y encarecimiento de los productos alimenticios básicos, con el hambre consiguiente para las masas campesinas y populares, que llegaron incluso a verse diezmadas por esta causa. A los muertos por las diversas hambrunas hay que sumar los que ocasionó la «peste negra», que en sucesivas oleadas hizo estragos entre la población. Por otra parte, el pueblo vivía sometido a unos impuestos altísimos, lo que provocó revueltas en campos y ciudades, pero sin éxitos duraderos.

Tanto en el terreno religioso como en el campo del pensamiento se vivieron años muy duros. La Iglesia romana tuvo que pasar por la afrenta de ver al papado sometido al rey de Francia y por la tremenda prueba del Cisma de Occidente, con dos papas que simultáneamente reclamaban para sí la obediencia de toda la cristiandad. Este clima repercutió en los fieles, que abrazaron diversas herejías o formas extremas de religiosidad, despreciando el lujo de la corte romana y el esplendor de la liturgia católica.

El mundo de las universidades se convirtió en un coto cerrado vuelto de espaldas a las realidades contemporáneas y entregado al puro formalismo. La ciencia se vio sometida al imperio de las monarquías, que intentaron y

consiguieron el control de los claustros -10- universitarios. La pacífica convivencia de las tres culturas existentes en España se rompió y los judíos empezaron a ser acusados de todos los males del reino, por lo que fueron discriminados y perseguidos.

Conviene recordar, sin embargo, algunos avances de la época que impulsaron un cambio en los hábitos lectores. Hubo una mayor difusión de la lectura y escritura, como consecuencia de los acuerdos tomados en el Concilio de Letrán (1215), y más facilidad para la producción de libros, como resultado de la utilización del papel, que empezó a sustituir al pergamino. Al mismo tiempo, el invento de las lentes de cristales convexos alargó la vida lectora de quienes podían desentrañar el significado de un ejemplario o de una crónica histórica. Se puso de moda leer una obra ante un círculo de amigos y oyentes, con la mayor fidelidad al texto escrito que este método entrañaba.

A la vista de lo escrito convendría señalar cómo don Juan Manuel siguió fiel a los gustos y estética de su época que no consideraban materia narrativa el quehacer cotidiano o las preocupaciones sociales y políticas de un pueblo sometido al dictado de los señores. Cayendo conscientemente en el desfase cronológico, podríamos decir que al autor de *El Conde Lucanor* le gustó encerrarse en su torre de marfil de la didáctica, a donde no podían llegar ni los lamentos ni las duras tragedias de sus vasallos. Sería necesario más de un siglo para que la ambición de unos criados y las voces de un burdel pudieran quedar reflejadas en *La tragicomedia de Calisto y Melibea*.

△▽

## Biografía

Don Juan Manuel nació en la villa de Escalona y fue amamantado por su propia madre, detalle que el propio don Juan recordaba con cierto orgullo casi freudiano. Era sobrino de Alfonso X el Sabio y nieto del rey San Fernando - como hijo que era del Infante don Manuel-. Perteneecía, pues, a una de las

familias más poderosas y ricas de Castilla y siempre blasonó de su linaje y honra, llegando a decir en el *Libro de los Estados* que él era uno de esos hombres a quienes más conviene morir que perder su honra.

Por la importancia de su persona y de su linaje, y dueño además de inmensas propiedades y recursos (recordaba que podía cabalgar desde Navarra a Granada teniendo cada noche un castillo o lugar donde descansar y ser agasajado), desempeñó desde muy joven -11- importantes cargos políticos: ya a los doce años era Adelantado en el reino de Murcia y su pendón consiguió su primer triunfo contra los moros en aquella ocasión, aunque al jovencísimo señor lo habían dejado en Murcia, dados sus pocos años. Durante los reinados de Fernando IV y Alfonso XI intervino activamente en las luchas nobiliarias, tomando partido según las conveniencias del momento y los intereses de su casa, hasta el extremo de que en una ocasión no tuvo ningún escrúpulo en aliarse con el rey moro de Granada. Así demostraba don Juan Manuel su propia arrogancia, pues no quería someterse a sus señores naturales, y su elástico sentido de la moral, como puede verse en algunos cuentos de *El Conde Lucanor*. En el reinado de Alfonso XI, del que había sido regente, peleó dignamente en la batalla del Salado y participó en la conquista de Algeciras. Era, además, señor de Villena y poseía la actual ciudad de Elche, aunque tuvo que desprenderse de ella a cambio de Alarcón, renunciando a la jurisdicción, pero no a la propiedad.

Siendo de edad avanzada se retiró al monasterio de los frailes predicadores -dominicos- de Peñafiel, que él mismo había fundado y por quienes sentía una indudable predilección, como principales valedores del antiguo régimen, frente a las turbulencias de los nuevos tiempos.

En este monasterio, donde hizo depositar un ejemplar manuscrito y corregido de cada una de sus obras, se entregó al reposo y a la preparación de su alma, así como a la penitencia por sus muchos pecados y yerros. Murió, según su biógrafo Andrés Giménez Soler, entre los meses de abril-junio de 1348. Sus restos reposaban en el citado convento de dominicos en 1351. Posteriormente uno de los suyos le labró un sepulcro y puso en él este epitafio:

«Aquí yace el ilustre señor Don Juan Manuel, hijo del muy ilustre Infante Don Manuel y de la muy esclarecida señora doña Beatriz de Saboya, Duque de Peñafiel, Marqués de Villena, abuelo del muy poderoso Rey y Señor de Castilla y León Don Juan, primero de este nombre. Murió en la ciudad de Córdoba en el año del nacimiento de Nuestro Señor MCCCXLVIII». Hoy no existe ese sepulcro ni se sabe nada de las cenizas del célebre nieto de San Fernando.

Su máxima ambición política y nobiliaria se vería cumplida tras su muerte, mediante el matrimonio de su hija doña Juana con don Enrique de Trastámara, más tarde rey de Castilla, que tuvo por hijo a Juan I, rey también de Castilla. Así un nieto suyo llegaba a la gloria del trono castellano.

Si ya hemos apuntado su sentido de clase social, muy anclado en su pertenencia a la más alta nobleza, queremos dejar ahora constancia de dos aficiones suyas: la escritura y el gusto por la caza. Su -12- dedicación a las letras tuvo una clara dirección didáctica y contaba con el cultísimo precedente de su tío Alfonso X, pero no obstante don Juan hubo de defenderse que quienes creían que esta no era ocupación propia de príncipes: «Yo sé que algunos murmurarán de mí porque escribo libros, pero no por eso dejaré de hacerlo. Pienso que es mejor pasar el tiempo escribiendo libros que jugando a los dados o haciendo otras cosas viles».

Su gusto por la cetrería lo llevaría a componer un *Libro de la caza*, que puede considerarse una obra menor suya, aunque no carente de interés, sobre todo por la admiración que muestra hacia la tarea de su tío el Rey Sabio. El ejemplo XLI nos dice cómo el Conde Lucanor era muy amigo de la caza, actividad en la que introdujo algunas mejoras en la crianza de las aves y en la utilización y perfeccionamiento de ciertos aparejos utilizados en la época.

△▽

## **Su personalidad literaria**

Ya señaló Valbuena Prat algunos de los rasgos fundamentales de la personalidad literaria que ofrecía don Juan Manuel. Para el citado historiador de la literatura española, el a veces llamado «infante» llevaba dentro, junto al hombre de acción, capaz al mismo tiempo de urdir alianzas válidas sólo para él mismo mas no para el aliado, un narcisista gustoso de deleitarse en su propia obra, incluso en los aspectos materiales de esta. En cierta ocasión, cuando envía a su cuñado, el Arzobispo de Toledo, el manuscrito de *El libro del Caballero et del Escudero*, le previene de la mala letra en que está escrito así como de la escasa calidad del pergamino, aspectos que subsanará más tarde, si la historia es del agrado del destinatario. No es sólo la obsesión por la fidelidad de la transmisión de su obra, que en seguida veremos, sino también el esmero y cuidado en la presentación y en la calidad del soporte de la misma.

Frente al sentido juglaresco del Arcipreste de Hita -«cada uno puede aumentar y poner lo que quisiere»-, don Juan Manuel se muestra extremadamente celoso por la exactitud en la transmisión de su obra, principio que ilustra con la historia de un trovador de Perpiñán, autor de una excelente cantiga, quien, oyéndola cantar un día a un zapatero de modo muy desafinado, arremetió contra los zapatos, destrozándolos todos. Sometido el conflicto al rey, el caballero trovador se defendió diciendo que, al igual que el zapatero había destrozado su obra, él se consideraba autorizado a hacer lo mismo con el trabajo del menestral.

Esta casi obsesión por el mantenimiento fiel del texto original es muy conocida y a ello concedió don Juan Manuel gran importancia, -13- como lo demuestran sus palabras del Prólogo a *El Conde Lucanor*. «Si los lectores de mis obras encuentran en ellas algunos yerros y defectos, que no me los imputen a mí, hasta ver los originales depositados en el convento de Peñafiel, pues los copistas por el parecido que entre sí guardan las letras unas con otras, suelen equivocarse y cambian el sentido de la frase o la construcción que yo quise hacer allí». Extraordinario rasgo de modernidad, clara conciencia de autoría, señalado celo en el cuidado por la Obra, que quiere sea leída sin más errores ni tachas que los propios del autor. Celo que no está reñido, sino



que corrobora el carácter orgulloso y pagado de sí mismo y de su estado y condición de que siempre hizo gala don Juan.

Por otra parte, M.<sup>a</sup> Rosa Lida de Malkiel (ver bibliografía) tiene buen cuidado al señalar algunos rasgos de la poderosa individualidad del autor de *El libro de los Estados*. Para ella, don Juan Manuel fue muy poco dado a lucir su saber de clerecía. Frente a la costumbre, que se detecta en obras como el *Libro de los enxemplos por a. b. c.* o el *Libro de los castigos*, de mostrar la veneración por la antigüedad grecorromana, don Juan Manuel es muy poco amigo de autorizarse con libros ajenos o con citas de obras antiguas, como era usual en ejemplarios y obras didácticas. Por el contrario, prefiere prodigar las referencias a sus propias obras e ilustra sus enseñanzas con personajes y sucesos contemporáneos: en el relato XLV sus enemigos Garcilaso de la Vega y Álvaro Núñez de Castro son modelos de necia fe en agüeros, por lo que su final tendrá que ser desastroso. También en *El Conde Lucanor* el propio don Juan Manuel aparecerá tras el relato de Patronio: «Y entendió don Juan que esta historia era muy buena, por lo que la mandó escribir en este libro y añadió unos versos que dicen así». Además, Patronio elogia en la «Quinta parte» del citado libro a su señor por la obra que este hizo llamada *Libro de los Estados*. Por otra parte, al comienzo de la «Parte segunda», el propio don Juan, por complacer a su amigo don Jaime de Jérica, anuncia una dicción más oscura y más sintética; pero pronto Patronio -comienzo de la «Quinta parte»- se rebela contra esta concesión y decide cambiar de estilo y tema.

Tal como sigue señalando M.<sup>a</sup> Rosa Lida, otro de los rasgos del autor es su empeño por borrar toda huella o referencia a fuentes de las que nace el relato, para presentar su obra como fruto de su experiencia vivida y no de sus lecturas. Dice en el *Libro de la caza*: «Hizo escribir lo que él vio y oyó»; en el *Libro infinito* puede leerse que es fruto «de cosas que yo probé y vi». También debemos -14- recordar cómo hace suya la materia y la anécdota de varios cuentos de diversos orígenes, que don Juan Manuel presenta como casos sucedidos en su círculo personal: «muchas veces me sucedió», «un amigo y pariente mío», etcétera.

Para acabar este apartado diremos que don Juan revela un aspecto fuertemente individualista en su lenguaje, del que elimina las huellas más perceptibles del latín que había estudiado, para poner de relieve la autonomía lingüística del castellano y de su fondo patrimonial; aunque a veces no pueda evitar ciertos recursos retóricos muy difundidos por las *artes dictaminis*, muy en uso en la época.

△▽

## **Don Juan Manuel y los dominicos**

Tanto Alan Deyermond como M.<sup>a</sup> Rosa Lida de Malkiel (ver bibliografía) insisten en la importancia que tuvo para la obra de don Juan Manuel la orden de los frailes predicadores.

Nacidos para educar al pueblo y combatir las herejías, mantuvo el autor de *El libro de los Estados* excelentes relaciones con ellos, tanto en el terreno personal como en el ideológico. Como gran señor que era, les brindó su apoyo y protección, encomendándoles la custodia de los famosos manuscritos originales. También levantó a sus expensas, en Peñafiel, un convento para la orden, en cuya iglesia quería ser enterrado. Recibió la amistad agradecida de importantes dominicos, a quienes dedicó incluso alguna obra suya.

Pero donde más nos interesa centrarnos es en el influjo ideológico que estos frailes predicadores pudieron ejercer en las ideas morales de don Juan Manuel. Defendían los dominicos la inexistencia de incompatibilidades entre el mantenimiento de la honra, el propio enriquecimiento dentro de la clase social y la salvación del alma. Aunque no llegaron nunca a proponer la supremacía del fin sobre los medios ilícitos para conseguir aquel, parece que don Juan Manuel sí pudo ver, en algunos sermonarios o en simples charlas con sus predicadores predilectos, cómo el fin bueno podía justificar la utilización de medios alevosos. Podría decirse que traicionó -consciente o inconscientemente- la base moral de una doctrina y trasgredió sus límites en beneficio de su estado y condición.

No obstante, casi al final de sus días, parece que resolvió el dilema entre moral cristiana y moral utilitaria en favor de la primera, llegando a mostrarse un celoso señor preocupado por la armonía social de sus vasallos en Peñafiel y arrepentido también ante Dios por sus muchos «yerros e pecados que yo cometí».

-15-

△▽

## La didáctica medieval

Buena parte de la obra de don Juan Manuel debe ser encuadrada dentro de un amplia y fructífera corriente de literatura didáctica, que está a caballo entre los siglos XIII y XIV, y por ello nos parece conveniente ofrecer algunas muestras destacadas de la tendencia literaria en que es preciso situar la obra del señor de Peñafiel. Don Juan Manuel siempre fue escritor didáctico, aunque los elementos puramente narrativos aparezcan con mayor intensidad en algunas obras, especialmente en el caso de *El Conde Lucanor*, que puede ser considerada su mejor obra.

En el período «prealfonsino», el castellano va sustituyendo al latín en las polémicas religiosas así como en las colecciones de apólogos y en las obras históricas. Los modelos árabes influirán ya directamente en los textos y versiones romances, aunque sea mediante intermediarios latinos. Por otra parte, la escuela de Traductores de Toledo, fundada por el arzobispo Ximénez de Rada, es el lazo de unión entre las tres culturas: hebrea, árabe y latino-cristiana, de cuya fusión ha de nacer el fondo didáctico de la mayoría de los tanteos en prosa castellana.

Es obligado mencionar una obra de mediados del XII o principios del XIII, la llamada *Diálogo o disputa del cristiano y el judío*, cuyo tema queda resumido ya en el título. Valbuena destaca de esta obra la debilidad de la argumentación teológica y el apasionamiento y la burla con que está tratada la posición hebrea.

De la época de Fernando III hay que destacar las *Flores de filosofía*, que muestra un evidente influjo senequista; el *Bonium*, que quizás refleje el influjo persa. Encontraremos en el *Libro de los buenos proverbios*, también llamado *Poridat de poridades*, la utilización del elemento árabe. En todas estas obras podemos observar la transición del rey guerrero y casi analfabeto hacia la corte de los sabios, organizada en torno a la figura de un rey, que gusta de disputar y aprender de los sabios allí reunidos.

Alfonso X el Sabio mandó redactar hacia 1251 el *Calila e Dimna*, acomodando así la lengua castellana al tema de los cuentos y apólogos doctrinales. El *Calila*, que deriva de remotas fuentes indias, ya había sido vertido al árabe por Abdallá ben Almocaffa y sobre su trabajo se hizo la versión castellana. La obra tiene un fin moral, para mostrar el camino del bien y de la ciencia. El libro, mediante el recurso del diálogo entre un rey y un filósofo, engarza apólogos cuyos personajes son seres humanos o animales, con la finalidad de resolver dudas que el rey plantea a su sabio consejero.

-16-

Ya en la época de Sancho IV, rey de Castilla entre 1284-1295, contamos con una obra didáctica inspirada en la tradición mariana: *Los castigos e documentos*, que incluye muchos «enxiemplos» al lado de consejos y disquisiciones que parecen más propios en el ambiente de un monasterio que en el de la camarilla real. Aparte los motivos y temas marianos y religiosos, se tratan otros más vulgares, tales como el diablo en forma de pícaro, el ladrón que por su arrepentimiento llegará a santo, así como los procedentes de fuentes clásicas -Valerio, Cicerón-, o árabes, como la prueba de los amigos, y las que proceden de inmediatas tradiciones orales, como la historia de Alfonso VIII y la judía de Toledo, que motivó el desastre de Alarcos, así como la de Ferrand Antolínez, sustituido por un ángel en el campo de batalla, por estar el caballero oyendo misa.

Como vemos, el diálogo entre un hombre sabio y un rey se va convirtiendo en la fórmula estructural del género didáctico, el procedimiento empleado para responder a las dudas o dar solución a los problemas manifestados: el relato

corto de lo que sucedió a otra persona en semejantes circunstancias. Era el camino hacia las obras y la técnica de don Juan Manuel, usadas sobre todo en *El Conde Lucanor* o en el *Libro del Caballero y el Escudero*.

En esta orientación didáctica también parece «deudor» don Juan Manuel de Ramón Llull, en algunas de sus obras. Sólo una parte de la obra del místico y enciclopédico autor mallorquín podía ser captada por el noble castellano: aquella que hace referencia a su sentido didáctico y a la defensa del cristianismo. Se defiende sin lugar a dudas la clara filiación del *Libro del Caballero* respecto al *Llibre del ordre de cavalleria*, de Llull. Por otra parte, *El Libro de los Estados* manifiesta también el influjo luliano en relación con el *Blanquerna*. Las dos obras vienen a ser el cuadro general de la sociedad de la época en todos sus estados: eclesiástico y seglar.

A la vista de cuanto llevamos dicho no deberá pensarse en plagio, ni mucho menos, sino en las distintas y variadas fuentes de que se alimentó el genio creativo de don Juan Manuel, quien nunca quiso dejar constancia de los influjos recibidos, como ya señaló y analizó M.<sup>a</sup> Rosa Lida de Malkiel.

△▽

## La producción literaria de don Juan Manuel

Seguimos la distinción ya clásica entre sus obras mayores y menores.

El grupo de las segundas estaría formado por las siguientes: *Libro de los cantares o de las cantigas*, *De las reglas como se debe trobar*, *Libro de las armas*, *Libro de los engeños o máquinas de guerra*, -17- *Crónica abreviada*. Sabemos de ellas por su inclusión en el «prólogo general» o en el que abre el *Libro del Conde Lucanor*, pero se encuentran todas ellas casi totalmente perdidas y sólo contamos con escasas referencias a su contenido, facilitadas por el título mismo o por alguna breve inclusión de un fragmento en otra obra

suya. De este grupo se conservan y son conocidas, sin embargo, el *Libro de los castigos y consejos* y el *Libro de la caza*.

El *Libro de los castigos* o *Libro infinido*, que don Juan compuso para su hijo don Fernando, corresponde a la tradición didáctica ya vista en los *Castigos e documentos* de la época de Sancho IV, y es uno de sus últimos libros -puede ser fechado entre 1333 y 1334- ya que supone escritos el de los Estados y el *Libro del Conde Lucanor*, expresamente citados. Sus veintiséis capítulos comienzan con la misma fórmula introductoria («Fijo don Fernando») y en ellos don Juan Manuel trata de las cosas que aprovechan para la salvación del alma y la salud del cuerpo, de la educación de los jóvenes nobles y de las relaciones entre señores y reyes, así como de las existentes entre señores y vasallos.

El *Libro de la caza* nos da abundantes noticias venatorias de la época: cómo cazar halcones y azores, cómo cuidarlos y adiestrarlos, qué lugares son abundantes en caza, etc. Aunque se trata de un libro muy técnico, está presente la personalidad del autor, que se asoma al mismo con ciertos rasgos de humor.

Digamos también que se conserva un *Tractado en que se prueba por razón que Santa María está en cuerpo y alma en el paraíso*, dedicado al padre fray Ramón Maqueda, dominico.

El grupo de las obras mayores estará formado por el *Libro de los Estados, Libro del Caballero y del Escudero* y *Libro del Conde Lucanor*. El *Libro del Caballero y del Escudero*, redactado en 1326 según Giménez Soler, viene a ser una especie de enciclopedia de los conocimientos de su época sobre teología, filosofía y ciencias naturales, a la vez que una pintura interesante de las costumbres de aquella sociedad. Este es su hilo narrativo: un rey ha convocado unas cortes a las que acude un escudero joven y pobre que encuentra en su camino a un anciano caballero, ahora convertido en ermitaño. Este caballero instruye al escudero en las leyes de la caballería, al mismo tiempo que le explica por qué creó Dios los ángeles, el paraíso, el infierno, los planetas. En varias ocasiones el escudero sigue visitando e interrogando al caballero, que,

al fin de las preguntas y respuestas, muere, y el escudero asiste entristecido a su entierro. En este libro la parte novelesca o narrativa es muy leve, ahogada como está por las consideraciones morales o didácticas.

El *Libro de los Estados*, que sería de 1327, aunque con retoques y -18- adiciones posteriores ya que se recogen referencias a sucesos de 1330 y 1331, se abre bajo el signo del miedo a la muerte y se transforma al final en un canto a la fe católica, fuera de la cual no hay salvación posible. El joven Johás, hijo del rey pagano Morován, está siendo educado por su ayo Turpín, que debe evitarle todo contacto con los aspectos más desagradables de la existencia, especialmente la muerte. Pero un día el joven descubre la figura de un cadáver, rodeado de amigos y parientes que lloran por su pérdida. Ante las preguntas de Johás, su ayo Turpín se muestra incapaz de responder y pide el auxilio del cristiano Julio, que explica los misterios de su religión y la doctrina sobre cada uno de los estados sociales, acabando por convertir al cristianismo a los tres personajes.

El encuentro de Johás con el difunto es una versión cristiana de la leyenda de Buda, que ya había sido incorporada a la literatura de la Edad Media en el *Barlaam y Josafat*, aunque en este libro tres son los encuentros con figuras desagradables -un ciego, un leproso y un viejo lleno de achaques-, y se prescinde del hombre muerto.

Don Juan Manuel aprovecha este libro para dar sus opiniones sobre problemas fundamentales de la Edad Media: la guerra, el papado, las relaciones entre el poder temporal y el espiritual, la función de cada una de las clases sociales. De esta forma consigue analizar la mentalidad medieval, creando un marco del que no está ausente el recuerdo autobiográfico.

△▽

## *El Conde Lucanor*

La obra más justamente famosa es el *Libro del Conde Lucanor*, formado por un conjunto de cincuenta y un cuentos de muy diversos orígenes. A las preguntas y dudas que tiene el Conde Lucanor, Patronio, su consejero, le responde con un relato adecuado a las circunstancias y del que se extrae una enseñanza que queda resumida en un pareado.

A pesar de este marco fijo, el libro es de una extraordinaria riqueza, tanto por los temas como por los personajes, así como por la variedad de ambientes y tonos del discurso, aunque la sintaxis sea poco cambiante y todavía domine la coordinación copulativa. La fertilidad del libro ha sido puesta de manifiesto repetidas veces, por ser motivo de inspiración algunos de sus relatos para creaciones posteriores.

Escrito *El Conde Lucanor* en 1335, trece años antes que el *Decamerón* de Boccaccio con cuya fama se le ha comparado muchas veces, hay que decir, sin embargo, que frente al vitalismo -19- del italiano, cuya obra refleja un claro sentido materialista y pagano, siendo muy frecuentes los casos de amor carnal, el libro de don Juan Manuel es de un extraordinario pudor, pues siempre pasa como de puntillas sobre este tema. Ni siquiera en los cuentos donde los personajes centrales están casados se permitió el autor la más leve licencia para narrar aspectos eróticos o amorosos. Citemos algunos casos: la noche de bodas del mancebo que casó con mujer muy brava, la figura de doña Vascañana, el caso de la esposa de un vasallo del sultán Saladino, que defiende ingeniosamente su honra, o el de un filósofo anciano que hubo de adentrarse en la calle donde vivían las malas mujeres.

*El Conde Lucanor* se compone de dos prólogos y cinco partes, muy diferentes cada una de ellas. La primera parte, única que aquí publicamos en versión modernizada, está formada por un conjunto de cincuenta y un ejemplos, que tienen una visión globalizadora ya que pretenden ofrecer una doctrina válida para todas las circunstancias delicadas en que pueden hallarse sus lectores.



En la segunda parte, además de un razonamiento dirigido a don Jaime de Jérica, gran amigo suyo, cambia de estilo: abandona el relato y se centra exclusivamente en la enseñanza moral, utilizando para ello aforismos o sentencias. Con cierto sentido del humor advierte don Juan a sus lectores que, si ahora no entienden sus enseñanzas, será por culpa de don Jaime, que le pidió más oscuridad y concisión, o por falta de entendimiento en quienes lo leen. Declara su intención de seguir tratando temas que puedan convenir a los hombres para la salvación de sus almas, el provecho de sus cuerpos y la conservación de sus riquezas y dignidades.

La parte tercera, muy parecida a la anterior, contiene cincuenta proverbios, que, según declara don Juan Manuel, son más oscuros y difíciles de entender que los relatos de la primera parte, así como los casi cien proverbios de la segunda.

En la cuarta parte Patronio previene a su señor de la oscuridad con que seguirá tratando sus temas, cosa que hace por la mayor dificultad de la materia sobre la que versan, y le insta a seguirlo con suma atención.

En la quinta y última parte reaparece el moralista medieval preocupado por la salvación del alma. Estas son las condiciones que adelanta Patronio para lograrlo: presencia de la fe en la vida del hombre y actuación según su espíritu; no tener dudas sobre los artículos de la fe católica; la práctica de buenas obras con la intención -20- de hacerse merecedor por ellas del cielo; no acometer malas acciones, que pueden llevar el alma del hombre al infierno.

A la vista del simple enunciado de los contenidos de cada una de las partes, creemos que no será necesario insistir en los motivos que nos han llevado desde el principio a publicar sólo la primera, teniendo en cuenta también al público lector a quien va destinada esta colección.

## Estructura y marco de *El Conde Lucanor*

A pesar de que el *Libro del Conde Lucanor* carece de unidad temática, presenta una estructura que llama mucho la atención, aunque no representó novedad alguna en el panorama literario de su tiempo: los relatos insertados en un marco eran un procedimiento frecuente en la narrativa oriental, de la que don Juan Manuel no podía menos que ser deudor.

La primera parte, el conjunto de cincuenta y un «ejempla» o relatos, ofrece una serie de planos, interrelacionados con gran habilidad, que suministran unidad formal y una estructura mantenida a lo largo de todo el conjunto. Las historias sucesivas se presentan y engarzan de la siguiente manera: el Conde Lucanor pide consejo ante una situación vital; el consejero Patronio relata el cuento ejemplar; se formula una sentencia, que queda resumida en los versos finales. J. Romera Castillo estructura cada ejemplo en tres secuencias, que a su vez constan de tres funciones núcleo: ante una pregunta (deseo de saber) del Conde, Patronio contesta con un relato (prueba), del que se extrae una enseñanza, que, con la presencia de propio autor don Juan Manuel y una vez probada, pasa a ser resumida en unos versos que le dan validez general.

Los cuentos de esta primera parte tienen un marco con un valor exclusivamente funcional. Veamos los pasos: localización espacio-temporal («Otra vez hablaba el Conde Lucanor con Patronio»), que presenta muy pocas variantes; exposición del problema o asunto que preocupa al Conde («Un hombre se reunió conmigo; uno que parece mi amigo...»), también con pocas variantes, salvo en el problema que plantea a continuación; permiso solicitado por Patronio para poder ayudar a su señor a través del relato de una historia adecuada; narración de la historia, aventura o fábula; complacencia del Conde y agrado de don Juan Manuel, que manda incluirlo en su libro, con los dos versos finales (moraleja).

## Los temas del libro

Aunque algunos temas del libro han quedado apuntados en nuestro preámbulo, conviene que volvamos de nuevo sobre esta cuestión.

Fácilmente se comprueba que las preocupaciones de que trata don Juan Manuel en toda su obra, y en concreto en *El Conde Lucanor*, están justificadas por su ideología personal y de clase, así como por el público al que se dirige. Por su visión del mundo y por sus ideas políticas, don Juan pertenece a una clase social en decadencia enfrentada a la nueva sociedad que va naciendo en España. En este siglo de crisis, nuestro autor parece querer superarla volviendo a los valores de la tradición caballeresca.

Don Juan, como cualquier moralista de la época, trata de los temas que podían preocupar entonces: la salvación del alma, el mantenimiento y acrecentamiento de la honra y el incremento de los bienes y de la riqueza. En el plano trascendente, el problema de la salvación está vinculado al propio estado social. Sobre este tema giran otros, como la predestinación, la amistad con Dios, la providencia, etc. En el plano sociopolítico, los temas se centran en la honradez del caballero: la fama, la amistad, la prudencia, la codicia, la adulación, etc. Sin embargo, como ya se vio antes, la posición de don Juan Manuel ante la vida no siempre se puede decir que se inspira en la moral más estricta: con muchísima frecuencia recomienda a sus lectores la cautela y el disimulo.

Podríamos concretar aún más estos temas, como hace el profesor Alfonso I. Sotelo. Sería así: aspiraciones y problemas espirituales (la salvación); aspiraciones materiales, políticas y sociales (la guerra, la paz, el enriquecimiento); el comportamiento humano (la mentira, el engaño, la verdadera amistad, la soberbia). Pero conviene también decir que estos últimos temas son planteados no con una perspectiva satírica sino moral, y desde su peculiar -a veces- concepto de la moralidad.

## La intención didáctica

En toda la obra de don Juan Manuel predomina el elemento didáctico-moral sobre cualquier otro aspecto. Su didactismo, como ya hemos visto, se inspira en la religión cristiana y en los conceptos tradicionales de la Edad Media. Don Juan Manuel justifica así el carácter aparentemente divertido de *El Conde Lucanor* para corroborar su afán didáctico: «Hice como los médicos, que cuando -22- quieren curar el hígado, que gusta mucho del azúcar, preparan medicamentos muy dulces, para que, al atraer para sí el azúcar, reciba también la medicina que lo sanará». Así pues, los entretenidos ejemplos o cuentos no están al servicio de sí mismos, ni del solo entretenimiento del lector, sino que aparecen para que este vaya extrayendo las oportunas enseñanzas morales.

En aquella época, cuando un escritor épico (el juglar) era un ser de muy poco relieve social, don Juan Manuel se vio obligado a marcar las distancias que lo separaban tanto de clérigos (mester de clerecía), como de juglares o hacedores de títeres. Por una parte, recuerda su ascendencia: «No hay hombre en España de más ilustre linaje que vos», dice a su hijo en el *Libro de los castigos*; y por otra parte, indica expresamente en el Prólogo que ha hecho el libro «para que los hombres que lo leyesen saquen de él provechosas lecciones que redunden en beneficio de su alma y hacienda». Podrá el lector distraerse con los cuentos, pero sin olvidar nunca su fin moral.

Como sugiere J. L. Alborg, quizás en el fondo no hubo en don Juan Manuel más que el gusto por la obra bien hecha, esto es, el gusto por la belleza literaria, aunque en su siglo se viera obligado a hacer concesiones y tuviera que enmascarar todos sus anhelos bajo la lección moralista. Por eso se vería obligado a darse una explicación a sí mismo, dándosela también a los demás, para poder escribir sin inspirar ni sentir desdén o desprecio por su obra, fruto de una actividad tan poco frecuente en su clase social.

## Fuentes, autobiografismo y originalidad

Las fuentes de *El Conde Lucanor* han sido cuidadosamente estudiadas por varios críticos, sobre todo por Deyermond, M.<sup>a</sup> Rosa Lida y Diego Marín.

Si el primero señaló la huella de la doctrina de los dominicos en la orientación moralista de numerosos cuentos, tanto M.<sup>a</sup> Rosa Lida como Diego Marín insisten en la procedencia árabe de otros relatos, que no existían ni en latín ni en romance. Concretan esta influencia a una decena, aproximadamente, y serían los cuentos XX, XXI, XXIV, XXX, XXXII, XXXV, XLI, XLVI, XLVII, así como el número XXV, que toma como figura principal al sultán Saladino.

La presencia árabe en *El Conde Lucanor* es fácilmente explicable, no sólo por la existencia de los reinos arábigos en la Península, sino también por el mayor florecimiento de la cultura musulmana, así como por la tradición didáctico-moral en que se inserta la obra de don Juan Manuel y que cuenta con abundantes precedentes árabes.

-23-

A este mismo influjo es achacable, según D. Marín, el gusto por el elemento personal y autobiográfico en el libro. Como cualquier otro autor, don Juan Manuel plantea en el libro los temas que le preocupan, sin que ello signifique propiciar una lectura que nos haga pensar en la veracidad de sus afirmaciones. Si con reiteración nos dice: «me ocurrió que», «un hombre vino a mí», etc., ello no es más que una identificación psicológica del autor con sus personajes y, en especial, con el Conde Lucanor.

Conexa con el problema de las fuentes literarias de sus relatos queda la cuestión de su originalidad. Son muchos los críticos que equiparan a don Juan Manuel con Chaucer en Inglaterra (*Los cuentos de Canterbury*) o con el mismo Bocaccio, aunque matizando los mayores logros del italiano, sobre todo por la continua utilización del estilo directo, mientras que don Juan Manuel propende

más al indirecto, y de ahí sus constantes «dijo que», «le replicó que...», etc. Donde la originalidad del autor del *Libro de los estados* es incuestionable es en el sobrio sentido de la forma estructural y del desarrollo psicológico de sus personajes, que se van haciendo a medida que avanza el relato. El mancebo que se casó con una muchacha de muy mal carácter no es un personaje plano, ni las acciones por las que intenta mandar en su casa aparecen desordenadamente, sino organizando un clímax cuya cumbre será la muerte y el descuartizamiento de su único caballo. Tras esta incalculable pérdida, la esposa no tendrá más remedio que obedecer a su marido, y lo hará con miedo, como puede verse también en la simpática escena que ocurre al día siguiente.

Digamos, para terminar este apartado, que don Juan Manuel transforma los esquemáticos cuentos de sus ejemplarios en verdaderas novelas cortas, porque sabe variar la construcción, insistir en los detalles y situaciones que sirven a su propósito, graduar los elementos de la intriga y actualizar la atmósfera ambiental del relato, introduciendo en ella observaciones de la realidad contemporánea y humanizando a los personajes (piénsese en la airada y orgullosa respuesta que dio el rey desnudo a sus esclavos negros y en la crudeza de estos, que no tuvieron empacho en proclamar la dificultad que ellos tenían para saber quién podía ser su padre).

△▽

## Lenguaje y estilo

Recordemos en este punto unas palabras de don Juan Manuel que manifiestan su preocupación por el estilo, cuestión a la que no podía ser ajeno, como escritor que se sentía responsable único de -24- su obra. Dice en el *Libro del Caballero y del Escudero*: «Todas las razones que en él se contienen están construidas con muy buenas palabras y por las mejores expresiones que yo nunca pude leer en un libro escrito en romance». Principio estilístico sobre el que vuelve en *El Conde Lucanor*: «Hice este libro con las palabras más elegantes que pude encontrar».

Espíritu de selección que no estará reñido con el deseo de brevedad concisa, como manifiesta también en el *Libro de los estados*: «...y escribiendo elegantemente la idea que quiere desarrollar, la construye con las menos palabras que puede».

Si para Alfonso X la lengua tenía un valor esencialmente instrumental (Alfonso I. Sotelo), en su sobrino don Juan Manuel la lengua se hace arte y quiere someter su romance castellano a una norma estilística. Su ideal sería la selección, la claridad y la concisión, como correspondía al fin didáctico de su obra.

Dice Giménez Soler sobre la calidad de la prosa de don Juan Manuel: «La prosa castellana sale de la pluma de don Juan Manuel remozada y renovada; ya no es la del tiempo de su tío Alfonso el Sabio, y aunque no llega a ser la del Siglo de Oro, está en el punto medio de las dos y tal vez más próxima a la segunda que a la primera. La variedad de asuntos que trató le obligaron a usar un abundantísimo vocabulario [...]. Don Juan [...] aprendió, sin embargo, el castellano de boca de gentes ignorantes, pero que conocían los nombres de las cosas, que formaban si era preciso neologismos, que hallaban siempre la frase adecuada, y don Juan no desdeñó ese hablar y lo usó, pero comunicándole la nobleza de su estilo. Todos sus libros presentan ese carácter y tienen ese mérito de haber legado a la posteridad el habla de Castilla tal como era en su tiempo y tal como aún es, en cuanto al vocabulario, en muchas partes de ese reino y fuera de él...» (*Op. cit.*)

△▽

## Los versos finales

Cada ejemplo o relato acaba con la inclusión de un pareado final que condensa toda la enseñanza del cuento. Esta técnica era muy frecuente en las colecciones de «exempla» de la época, pudiendo decirse que casi era norma obligada; sin embargo, en el caso de *El Conde Lucanor* los versos finales no

son sólo el remate retórico, sino que suponen la aparición de un nuevo plano autobiográfico. Si los versos están en el libro es porque don Juan siguió los consejos contenidos en el cuento de Patronio: «Y viendo don Juan que este cuento era bueno, lo mandó poner en el libro e hizo estos versos -25- que resumen toda su enseñanza y que dicen así». Del plano narrativo-ficticio -el Conde Lucanor y Patronio- se pasa al plano real -el problema o la preocupación de don Juan Manuel-, que el autor presenta, en virtud también de los versos, con una dimensión generalizadora: no sólo le valieron a él, sino que deben ser una guía para cuantos lectores tenga su libro.

A juzgar por la calidad de estos pareados, no parece que don Juan fuese una personalidad muy dotada para la poesía, pues se trata de versos muy duros, sin ningún atisbo de lenguaje lírico o construcción poética. Debemos contentarnos con un excelente prosista y no buscar en el autor de *El Conde Lucanor* al poeta que no pudo o no quiso ser.

△▽

## Nuestra edición

De la obra *El Conde Lucanor* se conservan cinco códices: uno en la Academia de la Historia, tres en la Biblioteca Nacional de Madrid -uno de ellos, el más completo, y utilizado preferentemente, perteneció a Gayangos- y otro que fue de los Condes de Puñonrostro. Fue el libro conocido en el Siglo de Oro, editándolo Argote de Molina en 1575, Sevilla.

Nuestra versión, con el texto en castellano moderno, que pretende poner al alcance de los lectores no especialistas esta obra tan importante de la literatura medieval, se ha hecho siguiendo el texto del manuscrito S (número 6367, de la Biblioteca Nacional), tal como ha sido publicado por Alfonso I. Sotelo en Ediciones Cátedra, colección Letras Hispánicas, con las enmiendas y mejoras que el autor reconoce haber incluido y sin apenas aditamentos por nuestra parte.



Hemos respetado la distribución de los párrafos, aunque en algunos casos el sentido exigiría la fusión de dos o tres en uno solo, para reforzar la significación unitaria de ese momento narrativo.

Hemos mantenido las citas textuales en árabe que aparecen en tres de los relatos (XXX, XLI, XLVIII), tal como las transcribe el profesor Alfonso I. Sotelo en la edición que hemos manejado. A continuación aparece la correspondiente traducción castellana, como ocurre en el propio escrito original de don Juan Manuel.

-26-

△▽

## Bibliografía esencial

ALBORG, J. L.: *Historia de la Literatura Española*, I. Gredos. Madrid, 1966.

DEVOTO, D.: *Textos y contextos: estudios sobre la tradición*. Gredos. Madrid, 1974.

DEYERMOND, A.: *Estudio preliminar al Libro del Conde Lucanor*. Alhambra. Madrid, 1985.

GIMÉNEZ SOLER, A.: *Don Juan Manuel: biografía y estudio crítico*. Academia Española. Zaragoza, 1932.

GIMENO CASALDUERO, J.: *La creación literaria de la Edad Media y del Renacimiento: su forma y su significado*. Porrúa Turanzas. Madrid, 1977.

LIDA DE MALKIEL, M.<sup>a</sup> R.: *Estudios de literatura española y comparada*. Eudeba. Buenos Aires, 1966.

SOTELO, A. I.: *El Conde Lucanor, estudio previo*. Cátedra. Madrid, 1985.

VALBUENA PRAT, Á.: *Historia de la Literatura Española*, I. Gustavo Gili.  
Barcelona, 1964.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la  
[Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite  
el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

